

Edwin Carvajal

EL * ARTE

EN LA OBRA DE ANDRÉS CAICEDO

La música, el cine y la literatura hacen parte fundamental de la estructura narrativa de las obras de Andrés Caicedo, y se constituyen en elementos modeladores de las conductas y los pensamientos de sus personajes, especialmente aquellos de su producción cuentística y novelística.

En cuanto a la música es fácil advertir que la mayoría de sus personajes existen, piensan y se mueven gracias a los ritmos y letras de canciones que permean cada página de la obra. Los ritmos musicales (rock y salsa principalmente) se hacen presentes en todas las situaciones, ya sea como escenario visible, como situación de fondo o como ornamento, y no existen

barreras físicas ni mentales que impidan su evocación: “Así es la música, no le sirven rejas ni postigos cerrados: aun así se escurre” (Caicedo, 1977: 178).

Frente al cine, se debe decir que éste hace parte fundamental de la narración; cine representado, por una parte, en alusiones a películas, directores y actores norteamericanos, en una especie de homenaje a este arte, el cual considera el autor como “un sueño, como un viaje colectivo de búsqueda de recuerdos” (Caicedo, 1988: 134), y por otra, en un intento novedoso por emplear modelos expresivos similares.

Y en cuanto a la misma literatura o escritura creativa, solo resta decir que exis-

ten muchos referentes de la tradición literaria universal que nutren la obra de este escritor, referentes que van desde la alusión general a obras y escritores, hasta la recreación e intertextualidad de episodios propios de algunas obras.

En toda la obra de Caicedo, pero de manera especial en *¡Que viva la música!* y en sus cuentos “El espectador”, “En las garras del crimen”, “Calibanismo”, “Los mensajeros” y “Destinitos fatales”, la triada artística referida se convierte en componente especial de la narración y del discurso de los personajes, quienes encuentran en el arte formas de evasión a su condición actual, y por ello mismo dichas formas se convierten en parte esencial de las historias relatadas.



LA MÚSICA

★

La música, en primer lugar, está asociada en muchas ocasiones con procesos de marginación de los personajes narrativos, pues, para la mayoría de ellos, su vínculo con la música lleva explícitamente una postura marginal con las costumbres y tradiciones de la sociedad colombiana de aquella época. Es por esto que dichos personajes se convierten en seres contestatarios y en constante búsqueda de un estado que les permita diferenciarse de su pasado. Y para ello la música extranjera, como el rock y la salsa, funge como elemento diferenciador

que ayuda a marcar distancia y rebeldía frente a ese pasado que se quiere combatir por medio de acciones marginales en el plano urbano de la ficción caicediana. Música joven, para una juventud, para una ciudad juvenil, como repetía constantemente Andrés Caicedo: “Cali es una ciudad sólo para adolescentes”. Música que se propone en oposición a la vieja, a la tradicional colombiana, porque así como María del Carmen decide romper con lo convencional: normas sociales, institución familiar y el academicismo estudiantil, entre otros, de igual forma Andrés Caicedo quiere romper con la aceptación convencional de nuestra música: en la novela *¡Que viva la música!* la música salsa y rock se adopta en oposición a la música del interior, a la música tradicional que sustenta la nacionalidad del pueblo colombiano, representada por la música andina, pasillos, bambucos y gaitas. En el siguiente ejemplo se puede evidenciar esta situación:

Pero ya estaban allí los gordos, los cerdos, los censores, no se habían perdido una y no podían ver con buenos ojos que hubiera salido desplazada la medio bandita de Medellín, porque ya se sabe el estribillo: ‘Co-lo-m-bia: ¡esta es tu música!’, que quiere imponer hasta la miseria por el hecho de ser autóctona. No podían ver con buenos ojos que Bobby hiciera como que iba a sacar el pañuelo y ‘¡Snif!’, chué, saludando a todo aquel que es abacué. (Caicedo, 1977: 127).

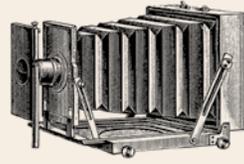
Es necesario anotar que la música nunca se agota en las obras de Andrés Caicedo, y que es el único medio que permite a sus personajes combatir las ideas de la

sociedad. Para estos personajes se podrán acabar y destruir muchos proyectos e ideas, pero la música siempre permanecerá a su lado, porque ella vale todo: “Yo pensé, cuando ya la música sonaba y yo la aprobaba íntegra: ‘Esto es vida’... que todo en esta vida son letras” (Caicedo, 1977: 92). La música es su vida, es parte fundamental de su existencia, sus letras, melodías y cantantes se convierten en sus ídolos (Mick Jagger, Keith Richard, Brian Jones, Richie Ray, Ray Barreto y Larry Harlow).

Si el arte es liberador, la música es la nota melodiosa que acompaña al personaje por caminos internos de autonomía y verdadero placer. En este sentido, María del Carmen se define loca, pero justifica que loca por la música; condena todo al olvido y la destrucción pero menos a su amada música, y se afirma como su vocera oficial:

Música que me conoces, música que me alientas, que me abanicas o me cobijas, el pacto está sellado. Yo soy tu difusión, la que abre las puertas e instala el paso, la que transmite por los valles la noticia de tu unión y tu anormal alegría. (Caicedo, 1977:140).

Su pacto de unión con la música se establece desde el inicio de la obra cuando la exalta en el título ¡Que viva la música!, que viva sólo la música, nada más; se confirma con el epígrafe versal “Qué rico pero qué bajo” de una canción de salsa, y se incrementa a lo largo de cada página por medio de alusiones constantes que posibilitan su alegre transitar por las calles de Cali, así como el vínculo y la comunicación secreta con nuevos amigos.



EL CINE

★

El cine, en segundo lugar, ha sido un elemento protagónico en la historia de la literatura del último siglo, pues se sostiene de manera general la influencia del cine sobre la literatura desde varios componentes estructurales, pero de manera especial desde la generación de sentido audiovisual, porque se trata de ser lo más visible posible para crear obras literarias narradas desde una óptica visual, o mejor, desde referentes extraverbales que ponen lo narrado ante los ojos del lector, dada su gran carga visual, sin importar que en el fondo se trate solo de una pura ilusión. En esta relación íntima entre el cine y la literatura, ambas expresiones artísticas ofrecen intercambios fructíferos para la renovación de sus respectivas formas.

Es importante anotar que, gracias a su formación y gran admiración por el séptimo arte, Caicedo combinó su actividad creadora con la crítica cinematográfica, pues la emoción y el encanto producido por las sombras de la pantalla irradiaron su escritura y sus constantes búsquedas intelectuales. En este sentido, se puede afirmar que el cine le aportó a muchos escritores de América Latina, y de otros contextos culturales, instrumentos nuevos para profundizar en ciertas variaciones de la sintaxis narrativa, experimentar nuevas variedades en la construcción de las historias, mezclar de manera ilusoria el onirismo y la realidad, re-presentar la vida desde nuevas perspectivas, así

como para implementar temporalidades diversas; instrumentos que al día de hoy se hacen vigentes y constituyen elementos de homología estructural para la interpretación de la influencia, cruce, o confluencia entre estas dos artes.

Andrés Caicedo se sirve del hecho cinematográfico para integrarlo en la argumentación de sus cuentos y de su novela principal; en este sentido, muchos de sus personajes parecen personajes de película o incluso crear un mundo cinematográfico propio (“Los mensajeros”), algunos sólo quieren ser espectadores voraces y con actitud crítica (“El espectador”), otros desean vivir algunas de las experiencias que contempla el cine, al tiempo que discuten sobre especificidades del séptimo arte (“Calibanismo”), y unos más quieren recrear con nuevos matices las aventuras proyectadas en la pantalla (“En las garras del crimen” y “Destinitos fatales”). Todos ellos encuentran en el cine el refugio seguro que los escuda de los tiempos difíciles que se perciben en el espacio ciudadano de la narración.

Por ejemplo, las alusiones al cine son muchas y de variado orden en el cuento “El espectador”, dado que los narradores del mismo, tercera persona omnisciente y primera persona protagónica, orientan la lectura hacia referentes cinematográficos del momento actual de la narración, es decir, del cine que se produjo en los años 60 y 70, época en la cual se escenifican todas las historias de Caicedo.

La primera línea de este cuento instala al lector en la escena cinematográfica: “Ricardo González iba al cine. Su primer recuerdo importante al respecto databa de una película de ladrones y policías, en blanco y negro, que había visto hace bastantes años” (Caicedo, 1988, 53); acto

seguido el narrador omnisciente pasa a contar el final de la mencionada película sin omitir ningún detalle, con el objetivo, quizás, de que el lector comprenda el porqué de la incompreensión de dicha película por parte del público espectador, excepto, claro está, de Ricardo González, quien acude hasta en ocho ocasiones a la proyección de la misma para confirmar su interpretación sobre la escena final, confirmación que grita al final de la función y que genera duras réplicas y silbidos por parte de los espectadores.

Una clara intención se puede deducir del anterior pasaje: la soledad de este espectador que no encuentra a alguien con quien compartir esta experiencia filmica, y el tipo de espectadores, sin mucha formación o conocimiento sobre el séptimo arte, quienes solo disfrutaban películas sin mayor complejidad en su trama o técnica.

La película de Coppola que se recrea en este cuento no aporta mucha información para la interpretación del drama humano de este personaje, pues la trama central gira en torno al despertar sexual masculino de su protagonista y todas las consecuencias que desencadena dicha situación. Pero funciona como pretexto importante para que Ricardo González, el espectador, ponga en evidencia su conocimiento sobre personajes del cinematógrafo como Fellini, Alan Bates, Polanski, Paul Newman, Marlon Brando, Catherine Deneuve, Elizabeth Taylor o Richard Burton, entre otros más que desfilan en este cuento al lado de las importantes películas donde actuaron o fueron directores.



LA LITERATURA



Y la literatura, en tercer lugar, pues la escritura cumple un papel especial en los propósitos artísticos de Caicedo de perdurabilidad y libertad. En varios momentos de *¡Que viva la música!* se aprecia un interés intencional del personaje protagonista por plasmar en la escritura aquellos momentos vividos y actuales para recordarlos luego y evitar así su desvanecimiento con el tiempo: “A continuación daré a conocer los que tengo más a mano, pues muy pronto me tragaré esta noche que ha visto nacer mi relato, y no quiero que a todo esto lo apañe el olvido” (Caicedo, 1977: 171).

Tal parece que la escritura es el mejor pretexto para mantenerse con vida, así lo demuestra la organización del texto: el epígrafe refleja un acto de escritura mediante la transcripción de un pasaje de *Por el Canal de Panamá* de Malcolm Lowry: “Con una mano me sostengo y con la otra escribo” (Caicedo, 1977: 6), es decir, planteando un equilibrio entre la supervivencia y la escritura en medio de un acto de constante agonía; pareciera que la protagonista vive solo por la energía que emana del acto de escribir y de escuchar música. Luego, los actos de escritura se intensifican en la obra con las anotaciones directas que hace la protagonista, con los manuscritos de la cabaña de Don Julián que lee y transcribe, y con el cierre definitivo de la obra que también se traduce en un acto de escritura: “Ahora me voy, dejando un

reguero de tinta sobre este manuscrito. Hay fuego en el 23” (Caicedo, 1977: 188).

En otros cuentos de Caicedo la escritura es determinante en la diégesis narrativa. Por ejemplo, “En las garras del crimen” la presencia de la escritura literaria se expresa no sólo mediante la alusión directa a cuentos, novelas o escritores del ámbito literario universal (Hugo, Balzac, Poe, Brontë, James, Woolf, Hemingway y otros más del género policiaco), sino también por medio de la reflexión interna del personaje narrador sobre aspectos formales y de contenido a la hora de emprender el oficio de la creación literaria, dada su formación como licenciado en literatura y su interés por dominar una buena técnica en la escritura.

Lo anterior sirve para mostrar que la escritura en la novela y en los cuentos de Caicedo se convierte en un elemento configurador de otro orden de valores, pues si bien los personajes pueden estar derrotados por su deambular sin rumbo, la escritura sobrevive, es perenne y se impone y rebela en otro orden de realidades a los que los personajes caicedianos no logran acceder. Por último, habría que añadir que el personaje fragmentado, alienado y marginado en la ficción de Caicedo es reemplazado por otro yo que permite el equilibrio, la rebeldía, el desdoblamiento, el diálogo directo y la autonomía. Sobra decir que ese otro yo lo constituye la escritura, que logra imponerse sobre el sujeto cultural escindido para crear otro, menos alienador e imperecedero, de mayor importancia por su carácter liberador: el arte como expresión de inmortalidad.

Luego de este recorrido por los cruces y convergencias del cine y la música con la literatura en la obra de Andrés Caicedo,

sólo queda por decir que son varias las categorías temáticas y formales propias de la música y el cine que se vinculan en su narrativa, al punto de afectar el modo de crear sensaciones cinematográficas y musicales en el momento de la lectura de sus historias.

Esto, sumado al efecto del cine y la música sobre sus personajes ficticios, que los protege del declive urbano de su ciudad, y al empleo de un lenguaje que supera formas filmicas y musicales en cada historia, me lleva a concluir, sin llegar a ser categórico, que su intencionalidad al crear situaciones narrativas ligadas a texturas artísticas como el cine y la música no es otra que la de crear expectativas en el lector —un lector que si no posee una competencia artística difícilmente entenderá la lógica interna de su discurs-

so—, y enriquecer su técnica y recursos literarios, así como sus propias invenciones temáticas, por medio de infinidad de detalles provenientes de dichas artes, pero que en el contexto literario se enriquecen y adquieren nuevos sentidos para el deleite del lector que le pueda seguir la pista. Y claro, también para rendir un homenaje a estas dos artes que marcaron su corta existencia y le abrieron el camino para comprender las filigranas y claves específicas del universo ficcional.

FUENTES:

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS. (1988). *¡Que viva la música!* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977. _____ Destinitos fatales. Bogotá, Oveja Negra.

Edwin Carvajal

Conferencia leída por el autor
en la Universidad Icesi